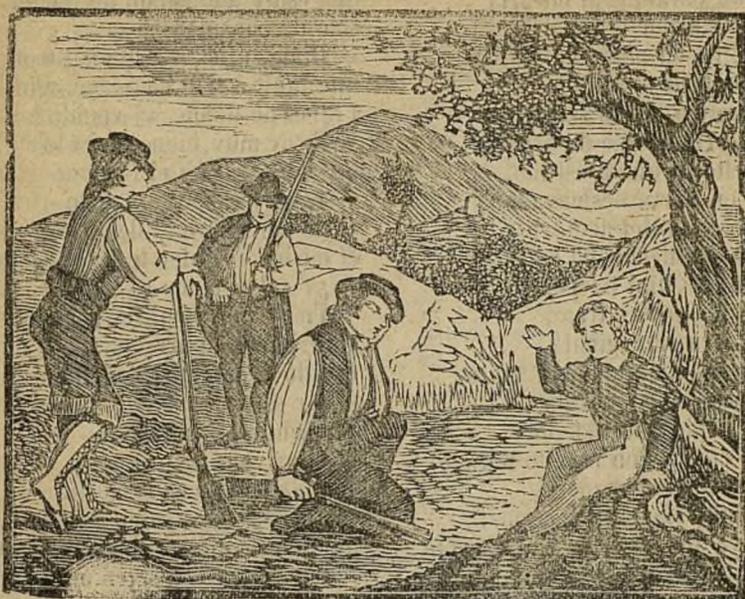


EL NIÑO SABIO.



NUEVA RELACION

en la que se refiere como un niño de seis años esplicó la fealdad del pecado mortal y sus consecuencias, con algunos pasajes de la Sagrada Escritura, consiguiendo que veinte y cinco bandidos se volbiesen á Dios, é hiciesen penitencia de sus culpas y pecados.

Dios Padre, Rey sempiterno,
me dé su auxilio sagrado;
Dios Hijo me dé su gracia,
y Dios Espiritu Santo
ilumine mis potencias
y purifique mis labios,
para que acierte á contar
el mas prodigioso caso,
la historia mas peregrina
que en los anales se ha ballado.
Oigan todos los vivientes
los que de doctos preciados
siguen las huellas del mundo,
sus devaneos y engaños.
Oigan, pues, vuelvo á decir,

lo que un niño de seis años
en este papel ofrece
para nuestro desengaño.
En la ciudad de Valencia,
segun noticia me han dado,
vivía Luis de La-Puente
con Juana Nuñez casado.
El cielo les dió un infante,
á quien sus padres criaron
con santo temor de Dios
y documentos cristianos.
Apenas cumplió este niño
la tierna edad de seis años
puesto en oracion un dia
en su cuarto retirado

pidió á Dios le demostrara
una imágen del pecado
mortal, para que al mirarla
pudiera mejor temblarlo.
Oyó Dios su peticion
y en éxtasis elevado,
vió junto á sí una serpiente
tan horrible, que de espanto,
envuelto en un parasi-mo,
cayó en tierra desmayado:
volvió en sí del accidente
el niño, y deshecho en llanto
esclamó: ¡Dios de Israel!
si tan feo es el retrato,
¿qué será el original?
¡y es posible que haya tantos
que pasen toda su vida
en el deplorable estado
de la culpa, ¡oh mundo mundo!
¡cómo tienes engañados
á los que siguen tus sendas!
Mas ya que Dios me ha ilustrado
con las luces de su gracia,
yo prometo dar de mano
á todas tus vanidades,
pues ya estoy desengañado,
que todas son apariencias
y deleites momentáneos.
No dijo mas, y con esto
salió de casa el muchacho,
en un cercano desierto
ansioso andaba buscando
una cueva para estar
libre en ella del pecado.
Mas Dios que siempre se vale
de medios extraordinarios
para hacer de pecadores
los mas memorables santos,
permitió que un capitan
de foragidos malvados,
que andan por aquellos montes
cometiendo mil estragos,
se encontrase con el niño;
y apenas le vió llorando,
le dijo: niño, ¿quién eres?
¿cómo tu pueblo has dejado?
Señor, le respondió el niño,
yo la ciudad he dejado

buyendo de un fiero monstruo
que causa tales estragos,
que estoy temblando de miedo
solo de considerarlos.
—Dime, niño, y ese monstruo
que tanto á ti te ha asombrado,
¿sabes de dónde ha venido?
—Estoy muy bien enterado
que su patria es el infierno
y segun me han explicado
tiene por padre el demonio,
él mismo es quien le ha enjendrado.
—¿Y sabes cómo se llama?
—Tiene por nombre, pecado,
y el sobre nombre mortal.
Quedó el capitan pasmado
al oír estas razones;
y asiéndole de la mano
le dijo: vendrás conmigo
adonde están mis criados,
pues tendremos sumo gusto
que nos expliques despacio
segun alcance tu ingenio
lo que es el mortal pecado.
Lo haré de muy buena gana
si el cielo me da su amparo.
Con este razonamiento
pronto á la cueva llegaron,
donde estaban los bandidos,
que eran unos veinte y cuatro;
juntos con el capitan
alrededor se sentaron
del niño, y de esta manera
empezó á catequizarlos.
Ya que desean ustedes
oír hablar del pecado,
voy á principiar, si el miedo
me deja mover los labios.
Es el pecado mortal,
si bien lo consideramos,
el mayor mal de los males,
y segun sentir de un sabio,
es el conjunto de todos;
pues todos depositados
sin mezcla de bien alguno
se miran en el pecado.
Las sagradas Escrituras
nos dicen, que es el pecado

mas feo y abominable
que todos los condenados
y demonios del infierno:
y para que conozcamos
su fealdad de algun modo,
oid este ejemplo claro.
Si todas las criaturas
juntase Dios en un campo,
así hombres como brutos,
y despues de congregados
viesen un solo demonio,
sería tal el espanto
que asombrados y confusos
dejarían los poblados,
y en el centro de la tierra
se esconderían de pasmo;
pues ahora bien, si un demonio
causa tan extraordinario
horror, á cuantos le miran
¿qué será un alma en pecado
mortal, estando mas fea
y aun mas horrible que cuantos
habitan en los abismos?
no hay voces para esplicarlo:
solo su meditacion
podrá bien desengañaros.
Rara fealdad por cierto,
dijo el capitan, llorando.
Pues no es esto lo peor,
el niño prosiguió hablando;
prestadme atencion un poco
si quereis oír los daños
que este monstruo del infierno
en las almas ha causado:
él fue quien cerró las puertas
de aquel Reino soberano,
haciendo que nuestros padres
quebrantasen el mandato
de Dios, comiendo la fruta;
fue tan horrible este daño,
que nos aprisionó á todos
con tan formidables lazos,
que para librarnos de ellos
fue sin duda necesario
que Dios viniese á la tierra
á padecer con trabajos
una existencia menguada
como de treinta y tres años,

hasta dar su propia vida
con afrenta y con escarnio
en una Cruz, oprimido
con tres durísimos clavos...
Aqui todos los bandidos
soltaron la rienda al llanto,
y el niño siguió diciendo:
sabed, que por el pecado
envió Dios el diluvio
á todo el mundo anegando,
menos Noé y su familia,
que quedaron encerrados
en el arca que el Señor
mandó hacer para librarlos.
El real profeta David
bien á su costa ha llorado
dia y noche sin cesar
los efectos del pecado;
y si registráis la historia
de este rey, profeta santo,
á pocas hojas vereis
la peste que en su reinado
sufrió por la rebelion
este monarca tan sabio.
¿Quién hizo llorar á un Pedro?
¿Por qué vertieron su llanto
la Egipciaca y Magdalena?
¿Quién hizo temblar á un Pablo,
á un Gerónimo, un Agustino,
y á otros de quien no hablo?
Ellos mismos nos lo dicen
si sus vidas registramos.
Por el pecado, tambien,
dicen los libros sagrados,
redujo Dios á cenizas
á todos los ciudadanos
de Sodoma y de Gomorra...
pero no necesitamos
de sucesos tan antiguos.
En nuestros dias lloramos
las funestas consecuencias
del grave mortal pecado:
¡ las hambres, guerras y pestes
que hemos experimentado !
¡ tantos demolidos templos !
¡ tantos pueblos abrasados !
¡ tanta sangre derramada !...
¡ quién sino el mortal pecado

ha sido la principal
causa de tales estragos!

—Dinos, niño, le dijeron,
si tan malo es el pecado,
ademas de los castigos
que nos dejas esplicados,
parece debe haber otro
mayor para castigarlo.

—Sí, señores un infierno,
tiene el Señor preparado
para los impenitentes,
y aquel que muera en pecado
sufrirá dos grandes penas:
la una pena de daño,
que consiste en la privanza
de ver á Dios y sus santos,
otra pena se padece,
que los teólogos y sabios
llaman pena de sentido,
y es nombre bien apropiado
pues serán los miserables
gravemente atormentados,
con un fuego que lo enciende
el soplo de un Dios airado;
ademas de este fuego,
padece el desgraciado,
hambre, sed, hedor, tinieblas,
confusion, gemidos, llantos,
desesperacion y rabia,
y sobre todo, el gusano
de la conciencia, que siempre
les estará atormentando.

—Dinos, niño, y ese infierno
ha de durar muchos años?

—Para siempre, para siempre,
sin alivio y sin descanso,
sin fin, sin fin ni consuelo,
los miseros condenados
por toda una eternidad
serán allá atormentados.

—Basta, niño, que sin duda
eres del Cielo enviado

para nuestra conversion;
ya todos te confesamos
por maestro de virtudes,
y así á tus plantas postrados,
te suplicamos nos digas,
si hay cómo poder librarnos
de tan severo castigo.

—Un solo remedio hallo;
la observancia de la ley
de los Mandamientos santos,
es solo el único medio.

—Dí, ¿y los yerros pasados
los perdonará el Señor?

—Está pronto á perdonarlos
con ambos brazos abiertos,
para cuyo fin clavado
murió como ya dijimos:

(es cuanto tengo que hablaros)
si con lágrimas perfectas
nuestros delitos lloramos.
Y ahora, dadme licencia,
porque quiero retirado
pasar en un monasterio
lo restante de mis años.

Llorando se despidieron,
dándose tiernos abrazos,
y al niño por esta empresa
le llaman el Niño Sabio,
pues con solas las ideas
que concibió del pecado,
á veinte y cinco bandidos
hizo ser buenos cristianos;
y en un convento se entró
de religiosos descalzos,
donde vive dando ejemplo
y la virtud enseñando.

Y los otros veinte y cinco
al punto se retiraron
unos á hacer penitencia
en los desiertos cercanos,
otros en los monasterios...
Dios premiará sus trabajos.

(Autorizado segun la ley vigente.)

MADRID. 1866

Imprenta de Marés y compañía, calle de la Encomienda, núm. 19.